

# Cuando el psicoanálisis se fuga, no se extravía\*

Marcela Ramírez

Voy a hacer una breve crónica de una de las dificultades que el psicoanálisis no logra sortear en sus relaciones con la institución familiar a la que parece, en unos casos servir, en otros reformar o subvertir, según ideas que circulan en y desde el campo abierto por Freud, y en ocasiones por la recepción de esas ideas en otros espacios del conocimiento.

La primera sorpresa aparece cuando recibo de Michel Foucault su fino señalamiento del problema, tal como lo presenta en el seminario El orden psiquiátrico: ¿qué hace el psicoanálisis en un seminario sobre el papel de la psiquiatría? Es indudable que está fuera de lugar, y ese extravío merece su interrogación, y mucho más, si atendemos al lugar en que lo encuentra Foucault.

El 28 de noviembre de 1983, en la sesión de su seminario, Foucault va encontrar en la modernidad un resto de la soberanía que cayó con la cabeza del rey en la Revolución Francesa, que tanto influyó las independencias



"El cochero belicoso", aguafuerte de Robert Seymour para *Los papeles póstumos del Club Pickwick de Charles Dickens*, 1836-1837

de la América española, y que da origen al sistema disciplinario en el que la vigilancia sobre los individuos instaure una nueva forma

de poder y de saber sobre los sujetos. Ese resto de poder soberano está localizado en la familia, “[...] una especie de celda en cuyo interior se ejerce un poder de tipo de soberano”.

El asilo, la escuela, el taller tienen un funcionamiento disciplinario de vigilancia; en cambio, la familia se caracteriza por su individualización, por un funcionamiento de puertas para dentro, como se dice, en la que el padre ejerce “[...] un poder soberano fundado en unos lazos, compromisos y dependencia que se han establecido por matrimonio y nacimiento”; así se constituye la célula de la sociedad que pone a todos en su lugar en el sistema disciplinario: los niños en la escuela, los jóvenes en el servicio militar, los adultos en el taller, los desadaptados son devueltos a la familia y es ella la que los abandona en la indigencia o en las patologías del asilo.

Si la familia falla, como se aprecia a principios de siglo XIX, la sociedad que encontramos es la de las novelas de Charles Dickens, niños abandonados o huérfanos en pandillas delincuenciales. El sistema disciplinario inicia una cruzada para reconstituirla con medidas que refamiliaricen a la clase obrera. Se construyen barrios, que todavía existen, en las cercanías de las fábricas para que vivan en ellos los trabajadores con sus familias bien constituidas, es el modelo surgido en Inglaterra en 1835. No olvidemos que Freud nace en 1856

y que diez y seis años antes aparece todo el aparato de asistencia social para mitigar las flaquezas de la familia, iniciando una serie de sustitutos disciplinarios con referencia familiar, a la que Foucault llama la función psi.

Como la función psi nace al lado de la psiquiatría, y el joven Freud se dedica a recibir en su consultorio a los pacientes neuróticos que resisten las terapéuticas de la época, lo que causa considerable revuelo en sus familias, por sus síntomas y la rebeldía a los tratamientos, “el nuevo tratamiento” es demandado con la esperanza, casi siempre de la familia, de que este consiga volver las cosas a la normalidad sin que muchos interroguen su pertenencia a la lista de los tratamientos, por más que Freud se aplique a diferenciarlo, y dé lugar a rechazos y disidencias.

Freud atiende los decires de sus pacientes, no hace oídos sordos a la lubricidad asociada a sus sufrimientos y la interroga, descubriendo así lo que sucede de puertas para adentro en la familia y presenta, por primera vez, sus hallazgos el 21 de abril de 1896 en una conferencia que tituló “La etiología de la histeria”, que tuvo una gélida recepción por parte de su auditorio, la Sociedad Psiquiátrica y Neurológica de Viena, cuyos miembros no abandonaron el salón por las virtudes estilísticas del ensayo.

En una carta a su amigo Wilhelm Fliess, Freud le cuenta: “La conferencia sobre la etiología de

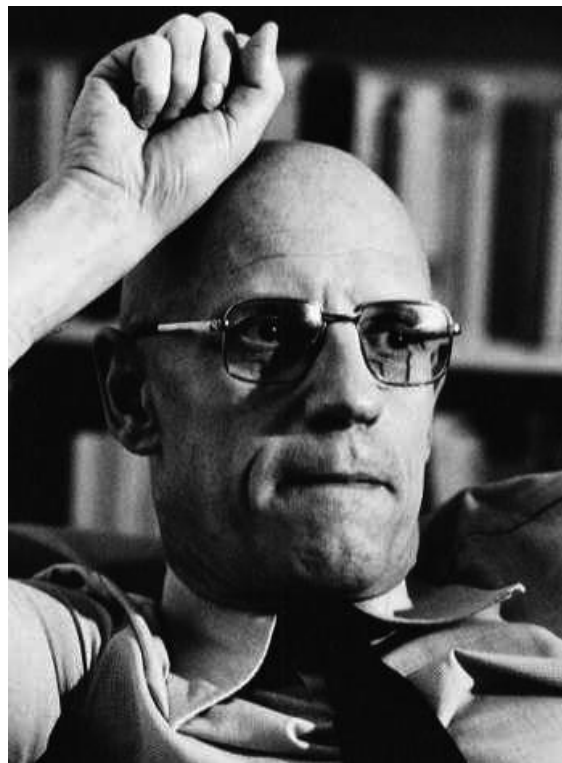
la histeria en la Sociedad Psiquiátrica recibió de los asnos una acogida glacial y de Krafft-Ebing este extraño comentario: ‘Parece un cuento de hadas científico’ ¡Y esto después de haberles demostrado la solución de un problema que data de mil años!: una ‘fuente del Nilo’”.

La ironía del catedrático y jefe del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Viena, daba en el clavo, Freud no escribía como la función psi manda y esta no recibía su solución; sin embargo, Freud va a continuar su trabajo asociando la familia de su tiempo con la familia de los Labdácidas<sup>5</sup>, asociación recuperada por la función psi de dos maneras: una, para rechazar el método de investigación del inconsciente y, otra, para construir un sistema de atribución de culpas. O bien el niño es un perverso polimorfo que debe disciplinarse, o bien los padres no ejercen su soberanía educadora y la función psi debe tratarlos. De esta manera, el psicoanálisis pasó a ser el “discurso más de la familia de todos los discursos de la familia”, como indica Foucault.

Freud había descubierto que la mayor parte de la actividad psíquica, así la llamaba él, es inconsciente, y que si nos dedicamos a atender las naderías que los demás discursos descartan —sueños, olvidos, lapsus, ocurrencias chistosas, actos fallidos y las quejas por los síntomas—, en un ejercicio de asociación libre, sabremos que es imposible efectuarlo y

tendremos alguna noticia de esa imposibilidad. El sujeto de la experiencia freudiana descubre que quiere saber, pero también, que se aferra a su ignorancia. De esta constatación surge el llamado pesimismo de Freud, en las antípodas del entusiasmo optimista de las pastorales.

Para escapar a la familiarización de la experiencia humana en la que había caído el psicoanálisis en su versión a la americana,



Michel Foucault, foto tomada del sitio [www.michel-foucault.com](http://www.michel-foucault.com)

Lacan inventa su ternario: Real, Imaginario, Simbólico, como el espacio donde ésta ocurre, pero pronto el Simbólico toma la supremacía y el psicoanálisis es capturado de nuevo por la soberanía familiar y el campo psi, a partir de la recuperación de los hallazgos de la experiencia,

que de la descripción pasa a la prescripción, como por arte de prestidigitador.

Estamos en este tiempo en otro intento de fuga del campo psi, también advertido por Foucault y que responde de manera afirmativa a su pregunta ¿es el psicoanálisis un ejercicio espiritual? Aceptar la Hermenéutica del sujeto, como la genealogía del psicoanálisis, conduce a Jean Allouch a interrogar el nombre mismo de la experiencia, propuesta primero por Freud y después por Lacan, y de esta forma continuar una andadura en la tradición de los que “hacen camino al andar” divagando, diciendo y desdiciéndose con cierta capacidad de rapidez psíquica que encarna muy bien el mensajero de Antígona quien consigue salir vivo del palacio del rey, mientras declara: “por aquí no me vuelven a ver”.

#### Notas

\* Gracias a Esther Fleisacher por su compañía en este tramo.

1. Michel, Foucault, El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
2. *Ibíd.*, p. 103.
3. *Ibíd.*, p. 104.
4. Sigmund Freud, citado en: Moussaieff Masson, Jeffrey, El asalto a la verdad. La renuncia de Freud a

la teoría de la seducción, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 32.

5. Los Labdácidas son los descendientes de Lábdaco, el rey de Tebas, padre de Layo, abuelo de Edipo y bisabuelo de Antígona, quien es maldecido por las bacantes por rehusarse a ofrendar al dios Dioniso.

Marcela Ramírez es psicoanalista. Escribió la versión de este texto para la Agenda Cultural Alma Máter.